

### CAPITULO XXIII.

Horrible cuadro ofrecido por las costumbres gentílicas en tiempo de Augusto y sus sucesores. — Paz octaviana. — Prosperidad del comercio, etc., en España. — Muerte de Augusto. — Tiberio. — Despotismo de Tiberio. — Vibio Sereno y Luciano Pison. — Insurrección ibérica. — Asesinato de Pison. — Suplicio de un español. — Crueldad de Tiberio con los españoles.

Si una mano divina no hubiese trazado, con indelebles caracteres, que el Cristianismo no debe desaparecer de la faz de la tierra hasta la consumación de los siglos; si todas las generaciones venideras no debieran reposar á la sombra del eterno y frondoso árbol de la cruz; si fuera posible, finalmente, que un día pudiese romperse repentinamente ese indisoluble lazo cristiano que une entre sí á los pueblos mas civilizados del mundo y los hace caminar juntos hácia sus futuros é inmortales destinos, entonces se vería mas palpablemente la saludable influencia que las doctrinas de Jesucristo ejercen sobre la moderna sociedad. Si no damos tanta importancia á ese maravilloso fenómeno, es porque desde la cuna hasta el sepulcro la antorcha de la fe alumbró nuestros pasos. En esta materia la costumbre es causa de nuestra indiferencia. Lo mismo sucede con esa hermosa lumbrera que gira sobre nuestras cabezas: á fuerza de ver su luz y de sentir su calor, llegamos casi á olvidar los inmensos beneficios que nos reporta cotidianamente, y los incalculables males que nos acarrearía su falta ó ausencia. Pero si fuera posible que una mañana el astro del día retardara de algunas horas su llegada al horizonte, y la noche no descubriera su cortina de sombras sobre nuestro hemisferio, ¿qué pluma ni qué pincel pudieran pintar el espanto, la sorpresa y la mortal ansiedad que se apoderarían de los ánimos en este caso?

Con la venida del Mesías cumpliéronse al pie de la letra las revelaciones de los Profetas, de esos oráculos de la Divinidad que iban anunciando sucesivamente, y cada vez con mayor claridad, á los pueblos el mas grande é importante de los acontecimientos.

Parece que en Roma pasó poco menos que desapercibido el nacimiento del Redentor. Y, sin embargo, aquel Niño celestial debía derribar mas tarde los ídolos del paganismo y enarbolar sobre el mismo Capitolio el sagrado lábaro de la Redención.

Las dos siguientes octavas, que entresacamos de nuestra composición con motivo de la venida del Mesías, expresan la idea que acabamos de indicar, y por eso hemos creído oportuno intercalarlas en este lugar de nuestro texto histórico:

Atrás, sombras, errores y cadenas,  
Atrás, pecado de semblante inmundado,  
Atrás, circo de bárbaras escenas,  
Cesásteis de reinar ya sobre el mundo.  
Tigres, leones y feroces hienas,  
Huid ante la luz del Sol fecundo  
Bajado del emperio esplendente  
Para alumbrar toda nación y gente.  
Vénus y Marte cruel, falsas deidades,  
Romped vuestras coronas indecentes;  
Dejad ya de mostrar á las edades  
Vuestras impías, vergonzosas frentes;  
Huid ante las vivas claridades  
Del Sol que adoran todo suelo y gentes;  
Desde la aurora hasta el remoto ocaso,  
Abrid á Cristo y su bandera paso.

En efecto, la idea evangélica debía pronto abrirse paso al través de todas las preocupaciones, los absurdos, la barbarie y la ignorancia acumuladas sobre el mundo por el gentilismo. El imperio romano estaba herido de muerte; la gangrena de todos los vicios é iniquidades corroía su corazón y enervaba sus fuerzas. Roma había empezado á resbalar por una pendiente que debía conducirla irremisiblemente al abismo de su perdición. Retroceder era imposible: el mismo pueblo romano, con su incesante clamoreo de *pátem et circenses*, demostraba hasta la evidencia que la mollicie, la ociosidad, la sangre de los gladiadores y los mas inmundos placeres formaban su bello ideal y eran sus ídolos favoritos.

El pernicioso ejemplo y los escándalos de los patricios y los potentados no podían menos de producir sus funestos efectos en el ánimo de la plebe romana.

Cuando un pueblo apaga la antorcha de sus nobles y generosos sentimientos en el infecto lodazal de los goces materiales, se suicida y sucumbe sin remedio. Afortunadamente, si Roma debía caer (como veremos mas tarde), no debía arrastrar con su caída á los pueblos que oprimía con su despótico yugo. La sávia del Cristianismo, empezando á circular por las venas de la sociedad, era la única tabla de salvación que se ofrecía entonces al género humano, en medio del espantoso naufragio de todas las creencias y todas las virtudes.

Tiempo era ya de que un rayo de verdad penetrara en aquel indescriptible caos de todos los errores é ignominias.

El Cristianismo apareció, pues, en medio de la sociedad, precisamente cuando esta mas necesidad tenía de su luz y de su apoyo. Un siglo mas de tinieblas y de barbarie, y con toda probabilidad el mundo entero se hubiera convertido en un horrendo montón de ruinas, donde el silencio del sepulcro hubiera reinado con todo su lúgubre terror.

Mas no; no había llegado la hora del aniquilamiento de la especie humana, y solo sí la de su regeneración. La divina nave del Cristianismo, comenzando á flotar sobre el proceloso océano de

los siglos, debía recibir en su seno á muchos millares de naufragos y conducirlos al puerto de salud eterna.

Segun el P. Mariana, el nacimiento del Redentor acaeció en el año 42 del reinado de Augusto, ó sea el 25 de diciembre de 752 de la fundación de Roma.

Desde la venida de Jesucristo hasta la muerte del citado Emperador, pocos sucesos notables ocurrieron en España, y aun en el mundo, á la sazón conocido.

Al asomar por el horizonte de Judea aquel divino Sol que debía alumbrar á todas las generaciones venideras y venía á traerles la paz eterna, no era natural que la guerra levantara su ensangrentada frente sobre la tierra. El templo de Jano hallábase, pues, cerrado, y en todas partes reinaba aquel sosiego y tranquilidad, á cuyo período se dió el nombre de *Paz octaviana*.

Augusto, ese hombre que por su valor y habilidad política, y aun por sus crímenes, supo ceñir á sus sienes la diadema imperial, ese protector decidido del genio, las ciencias y las artes, ese semidios, que llegó á ser adorado por sus súbditos, incluso los españoles, hasta el punto de que en Tarragona se le erigieran templos, y en Sevilla se alzara un monumento en honor de su esposa Livia, llamada *Generatrix orbis*: «Madre de todo el universo»; ese hombre, repetimos, que si bien adolecía de defectos capitales, en cambio reunía prendas que le granjearon el aprecio universal de los pueblos, iba á su vez á desaparecer de la escena del mundo y á entregar el poder en manos de una serie de déspotas, cuya tiranía y abominable conducta debían hacer mas sensible la pérdida del soberano que acababa de bajar al sepulcro.

Durante el reinado de Augusto desarrollóse en España la agricultura, la industria y el comercio. Navas ó bajeles españoles partían sin cesar de las costas del Mediterráneo; y los aceites, las carnes y los cereales que producía nuestro país, y las telas que en él se fabricaban, surtían á los habitantes de la opulenta Roma. Las lanas de los carneros españoles, á cuyo color llamaban *spannus*, eran muy estimadas de los ciudadanos romanos.

También los españoles disfrutaron entonces de otras consideraciones y prerogativas, siendo algunos de ellos elevados á altos empleos civiles y militares, ó introducidos en el Senado.

Augusto, llamado *padre de la patria* por los grandes beneficios que había acarreado á Roma, murió en la ciudad de Nola, en la Campania, á los setenta y tres años de edad y á los 14 de Jesucristo (1).

Augusto hizo edificar magníficos edificios y régios monumentos en la ciudad de Roma, embelleciéndola considerablemente. Esta circunstancia halagaba el amor propio del soberano del mundo, hasta el punto de arrancar de sus labios la siguiente expresión: *Antes Roma era de ladrillo, y yo la he hecho de mármol*.

Aunque Germánico tenía mas derechos al trono, el sucesor de Augusto fue Tiberio Neron, quien al principio de su reinado procuró encubrir, con el manto de la hipocresía, los vicios y crueldades que mas adelante debían hacer temblar al universo. Bien pronto á la moderación y dulzura sucedió un rigor extremado y una insoportable tiranía.

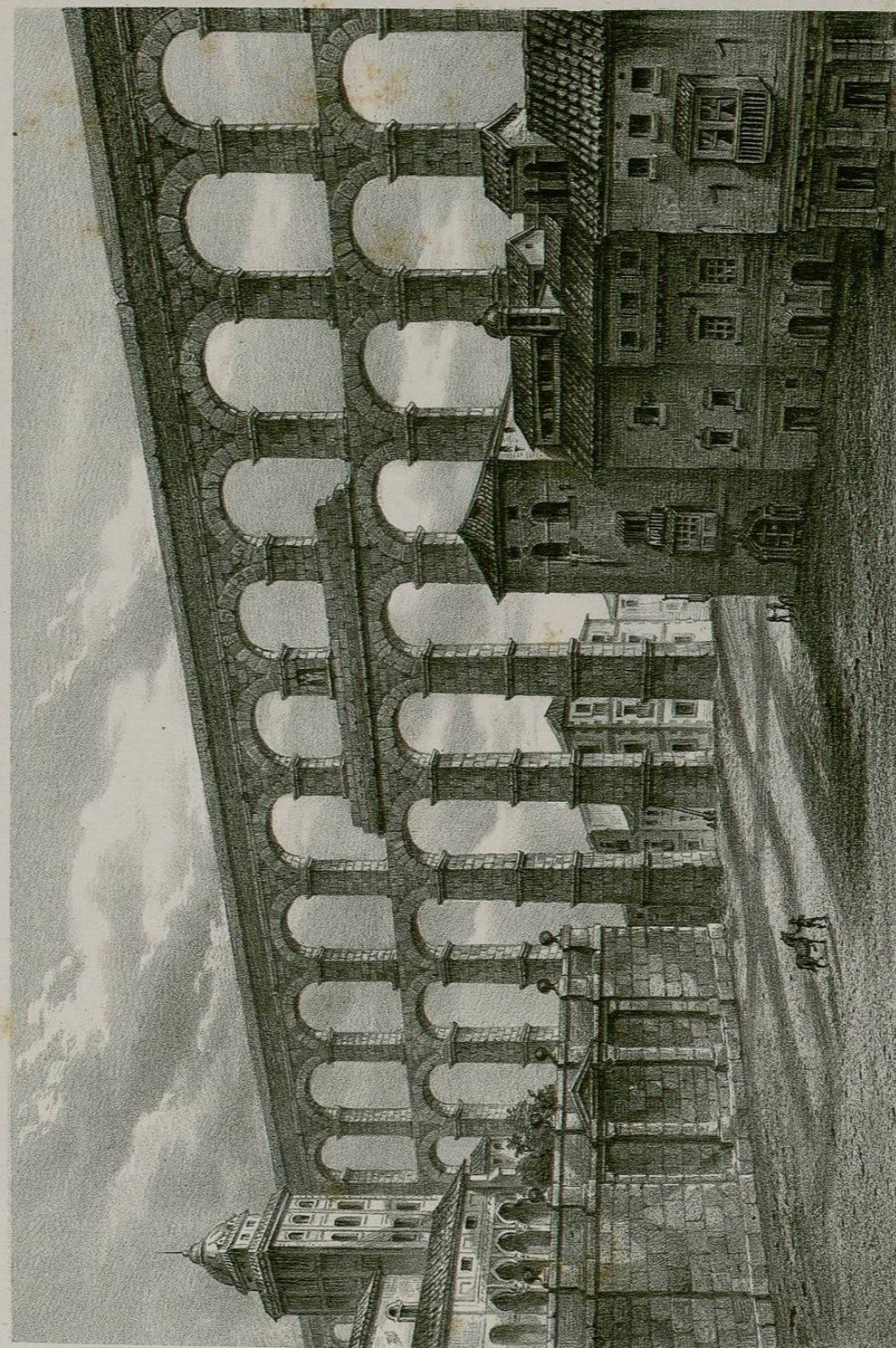
En España se experimentó también el despotismo de Tiberio, hasta el punto de exasperar á los pueblos y encender nuevos odios contra los gobernadores romanos. Vibio Sereno y Luciano Pison, que gobernaban entonces respectivamente la Bética y la Citerior, ó Tarraconense, daban hartas pruebas de ser dignos delegados del nuevo soberano del mundo.

La imponente actitud que tomó entonces la nación ibérica contra sus opresores obligó á Roma á atender á las justas peticiones de los españoles, desterrando á Vibio, pretor de la Bética. Sin embargo, Pison conservó su destino, porque el territorio de su mando se hallaba, como ya vimos, bajo la dependencia inmediata del emperador romano. Pero no quedaron por eso impunes los delitos del expresado prefecto, pues un aldeano de Termes (población que tal vez correspondía á la moderna Castilla), indignado de la conducta de Roma para con Pison, se encargó de castigar á este dándole muerte con su propia mano.

Los tormentos que hicieron sufrir los romanos á dicho español, que cayó en su poder, no lograron arrancarle otro secreto que el siguiente: *Mi único cómplice es la abominable conducta de Pison*. Al conducirlo al suplicio, se estrelló de intento la cabeza contra una piedra, despues de haberse desprendido bruscamente de sus conductores. Esto sucedió el año 26 de Jesucristo.

El asesinato de Pison enfureció de tal manera á Tiberio, que los mas ilustres y ricos españoles fueron objeto, por parte de este tirano, de la arbitrariedad y despotismo mas extremados. Confiscación de bienes por frívolos pretextos, aumento de cargas, delaciones inmerecidas y otros medios que la justicia reprueba y la conciencia condena, se pusieron entonces en juego contra los oprimidos hispanos. Sexto Mario, opulentísimo español avecindado en Roma, fue precipitado de la célebre roca Tarpeya por una falsa acusación, segun opinan algunos.

(1) Segun Mariana, fue á los setenta y seis años menos treinta y cinco días, ó sea á 19 de agosto del año 15 de Jesucristo.



ACUEDUCTO DE SEGOVIA.

Nueva Edición. Barcelona. Robador. 27y36.



## CAPITULO XXIV.

Muerte de Jesucristo. — Caligula. — Sus crueldades y locuras. — Asesinato de Caligula. — Claudio. — Conducta de Claudio con los iberos. — Ingenios españoles. — Aurora del Cristianismo en España. — Domicio Neron. — Sus proverbiales crueldades. — Su persecucion contra los cristianos. — J. Vindex. — Proclamacion de Galba por los españoles. — Oton. — Celebridades hispanas. — Suicidio de Oton. — Vitelio. — F. Vespasiano. — Monumentos hispanos.

En el año 26 del reinado de Tiberio, fue crucificado en Judea el divino Redentor de los hombres. La naturaleza entera se horrorizó ante el horrendo crimen que clavó en un madero (que hasta entonces habia sido signo de infamia) al Dios de cielos y tierra, al immaculado Cordero cuya preciosa sangre debía ser el fecundo é inagotable manantial de bienes, derramados por el cielo en medio de los miserables hijos de Adán. En el mas grande de los sacrificios debía hallar la tierra la mas grande de las felicidades y la mas bella de sus esperanzas.

Desde el pié de aquella cruz, que la muerte de Jesucristo acababa de ennoblecer y glorificar, hasta transformarla en emblema de la eterna reconciliacion entre Dios y la humanidad, iban á salir doce hombres pobres, rudos y desprovistos de toda clase de prestigio, para esparcir sobre la ancha faz de la tierra la fecunda semilla del Evangelio y obrar la mas estúpida revolucion moral que han presenciado y han de presenciar los siglos.

En el año 37 de la era cristiana, y el 26 de su reinado, falleció Tiberio, odiado de la mayoría de sus vasallos.

Cayo Caligula, llamado así por cierto calzado que usaba, fue el sucesor de Tiberio.

La muerte acababa de libertar al mundo de un monstruo para reemplazarle con otro de mas horrible y detestable.

El sanguinario Caligula se convirtió desde luego en otro de los azotes del corrompido pueblo romano. Era tanta la simpatía que este inspiraba al sucesor de Tiberio, que cierto dia salieron de la boca del Emperador estas palabras: *Pluguiera á los dioses que el pueblo romano tuviera una sola cabeza para derribarla de un solo tajo.*

Un cordobés, llamado Emilio Régulo, tramó una conspiracion para asesinar á Caligula, pero habiendo sido descubierta, dicho español pagó con la vida su osadía. Sin embargo, el sucesor de Tiberio no pudo escapar de la espada del tribuno Casio Chereas ó Chercas, quien puso fin á la existencia del monstruo, cuyo reinado, de tres años y meses, fue uná de las mayores calamidades con que la Providencia pueda castigar los desórdenes y maldades de los pueblos.

Después de Caligula ocupó el solio de Roma Claudio, tío de su antecesor.

Parece que Claudio habia concedido á los españoles una ley, en virtud de la cual los pueblos podian acusar á los pretores hasta un año después de terminado el plazo de su gobierno, sin cuyo requisito no podian ser reelegidos. Parece que dicha concesion (que en aquellos tiempos de tiranía fue letra muerta, como lo fueron muchas otras leyes) ejerció tal fascinacion en el ánimo de los pueblos iberos, que les hizo ejecutar algunos actos de servilismo en honor de Claudio, á quien levantaron estatuas.

En el reinado de Claudio florecieron muchos españoles en las ciencias, la filosofía, la literatura y otros ramos del saber humano. Pomponio Mela, M. Porcio Latro, Sextilio Ena, M. Columela, natural de Cádiz, y de quien se conservan doce libros de agricultura, Tulanio Gracula ó Graeil, y especialmente el ilustre Séneca, que después fue preceptor de Neron, son otros tantos nombres cuya fama será imperecedera en los anales de nuestra patria.

Créese que Claudio murió envenenado, segun unos por su segunda esposa Agripina, y segun otros por un esclavo. Su muerte acaeció en el año 54 de nuestra era.

Durante el reinado de Claudio, el apóstol Santiago, segun refiere Mariana, pasó á España y empezó á difundir en ella el Cristianismo. Orando dicho Apóstol en cierta ocasion en las márgenes del Ebro, apareciósele la Virgen en carne mortal, y le dejó una efigie suya sobre una columna de mármol, mandándole erigir en aquel sitio un templo (1). Tal fue el origen de la ardiente devocion que Zaragoza, y aun la España entera, profesa á Nuestra Señora del Pilar y á Santiago su patron.

Otro de los primeros evangelizadores de nuestro país, y contemporáneo de Santiago, fue san Gerencio, que predicó el Evangelio en la famosa Itálica, cerca de Sevilla. El insigne poeta Rioja, en su magnífica composicion á las ruinas de Itálica, alude á la predicacion de dicho Santo.

El digno sucesor de Claudio fue Domicio Neron, quien al principio de su reinado parecia haber inaugurado una era de ventura para su imperio. Al presentarle la primera sentencia de muerte para que la firmara, exclamó: *Quisiera no saber escribir.* Y cuando el Senado quiso erigirle estatuas, se opuso á ello, acaso con fingida modestia, diciendo que antes debia contraer méritos para alcanzar tan alto honor.

Y sin embargo, la crueldad de Neron debía ser proverbial en el mundo; y su odiosa memoria debía quedar grabada en la historia con gruesos é indelebles caracteres de sangre.

Durante el reinado de Neron tuvo lugar la primera persecucion contra los cristianos, con motivo de la infame acusacion que dicho Emperador fulminó contra ellos, atribuyéndoles el incendio de Roma que él mismo habia ordenado, solo por el atroz placer de hacer innumerables víctimas y dar pábulo á los perversos instintos de su corrompido corazon.

(1) D. Vicente de La Fuente, *Historia eclesiástica de España*, tom. I, cap. I, pág. 37.

La persecucion fue horrorosa y se extendió hasta nuestra Península, segun opinan algunos autores respetables.

No era posible que el mundo pudiera soportar por mas tiempo el enorme peso de las iniquidades de su malvado soberano: tanta locura, tanta sangre derramada, tantos crímenes nefandos, tanta devastacion, tanta calumnia y tantas orgías abominables, por pervertido que estuviera el pueblo romano, debian de encenderle en ira contra la persona del Emperador.

J. Vindex ó Vindice, propretor de la Galia Narbonense, hastiado de tantas atrocidades é infamias, brindó con el solio de Roma á Servio Sulpicio Galba, que á la sazón gobernaba la España Citerior desde hacia ocho años, y donde era querido por el rigor con que castigaba ciertos delitos. A pesar de que el pueblo y el ejército favorecian su empresa, la ancianidad de Galba (que contaba ya mas de setenta años) motivaba que el ánimo de este fluctuara acerca el partido que le convenia tomar.

El suicidio de Neron, que no hallaba ya un miserable asilo donde ponerse á salvo de la indignacion pública, elevó á Galba al trono del imperio romano.

Oton, que gobernaba entonces la Lusitania, y tenia poderosos motivos para odiar á Neron, se apresuró tambien á proclamar al anciano Galba, quien partió para Roma á tomar posesion del imperio, hácia el año 68 de la era vulgar.

Una vez en el solio imperial, Galba no fue el mismo hombre; sea que cediera á los pérfidos consejos de sus aduladores ó *adlatres*, sea que el brillo de su poder y grandeza deslumbraran sus ojos y trastornaran su juicio, parece que sus crueldades demostraron al mundo que el reinado de los tiranos de Roma no habia llegado aun á su término.

Dícese que la misma Iberia, á la cual debió Galba su prosperidad y encumbramiento, fue tratada por este con un rigor excesivo, y que muchos españoles vieron recompensados sus servicios con la muerte.

A los siete meses de su reinado, Galba cayó bajo el puñal de los pretorianos. Oton, que, como acabamos de decir, gobernaba entonces la Lusitania, fue el promotor del motin que acabó con la vida del anciano Emperador. La ingratitud de este con el primero parece que ocasionó tan extraña y repentina mudanza en el ánimo de Oton, quien fue aclamado por las tropas para suceder á Galba.

En tiempo de Galba florecieron en el campo de las bellas letras los españoles Fabio Quintiliano, natural de Calahorra y eminente retórico; Silio Itálico, que fue cónsul en Roma, y era oriundo de la célebre Itálica, inmediata á Sevilla; y por último Séneca, el autor de varias tragedias, y acaso pariente del Séneca filósofo que fue maestro de Neron.

El reinado de Oton solo duró noventa y cinco dias.

El ejemplo del ejército español al elegir por emperador de Roma á Galba fue luego imitado por las legiones de Alemania, las cuales proclamaron en calidad de tal á Aulo Vitelio, de parte de quien se declaró pronto la Galia entera.

Para hacerse suya la Iberia, que estaba indecisa acerca el partido que le convendría tomar, Oton otorgó á nuestra Península un derecho ó jurisdiccion sobre la *Mauritania Tingitana*, comarca situada en las costas africanas, fronterizas de la Bética ó Andalucía.

Parece que Oton se suicidó después de un gran descalabro experimentado por sus tropas en Lombardia.

La muerte de Oton dió á Vitelio el trono del imperio romano. Los torpes vicios que afeaban la conducta de Vitelio precipitaron su caida. Parece que llevó la glotonería hasta la bestialidad.

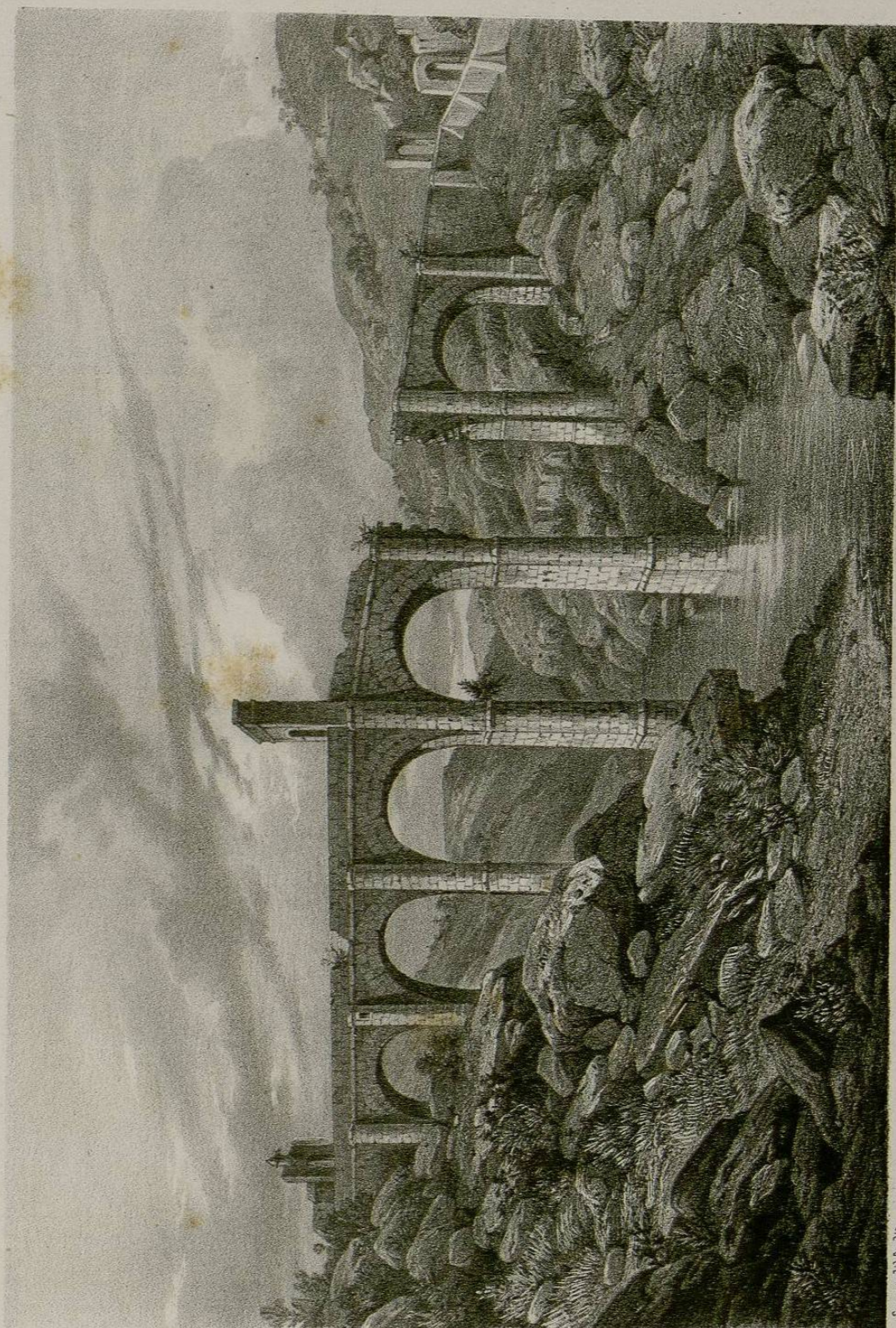
Oton y sus dos antecesores pasaron por la esfera del poder romano casi con la misma rapidez que aquellos metéoros á los cuales se ha aplicado metafóricamente esta expresion: *Peream dum luceam*: «Perezco al tiempo de lucir.»

Felizmente el advenimiento de Flavio Vespasiano, sucesor de Vitelio, dió al mundo algunos años de bonanza y de reposo. El brillo del poder, lejos de fascinar al nuevo soberano, contribuyó, por el contrario, á mejorar su carácter y sus costumbres.

España participó tambien de los beneficios que trajo al imperio romano el reinado de Vespasiano. Los hombres que gobernaban á la sazón nuestra patria se distinguieron por su moderacion y por el celo é interés con que procuraban el bienestar de sus gobernados. Plinio el Mayor, cuestor entonces de la Bética, hizo en este país grandes mejoras y recorrió varios pueblos, con el doble objeto de granjearse amistades y de adquirir datos para escribir su historia natural.

Vespasiano, agradecido al afecto que le profesaban los españoles, les concedió el título de ciudadanos romanos. España correspondió á dicho beneficio dando el nombre de *Flavias* á muchas ciudades; así como, en tiempo de César y en el de Augusto, tomaron el de *Julias* ó *Augustas*.

Entre las mejoras que debió España á la régia munificencia de Vespasiano, citase el famoso acueducto de Segovia, cuya construccion atribuyen algunos al emperador Trajano. El sucesor de Vitelio dotó tambien á nuestro suelo de caminos, puentes y monumentos públicos.



PUENTE DE TRAJANO EN ALCANTARA.

Rivera Editor. Barcelona. Bohadur. 24y26.